

## CON-VERSACIÓN ANALÍTICA O VERSIONES DE LA CURA

Mirta Goldstein\*

### 1. Con-versación en el espacio trilógico analítico

Pensar la *con-versación en el análisis* es una de las perspectivas con la que podemos comprender lo que surge en el espacio transferencial de cada análisis. Más que entenderlo como diálogo de una dupla personalizada, la con-versación analítica abre un espacio trilógico en el cual emerge el sujeto del psicoanálisis y, por ende, lo inconsciente y sus formaciones.

Gracias a que varios autores nos han hecho pensar en la inclusión, indispensable, del tercero simbólico, del Otro y del campo analítico, hoy podemos retomar la idea de situación analítica (2012, Baranger W. y M.) y proponer la con-versación analítica.

El sujeto psicoanalítico no es un ser, sino una posición del que habla en el discurso, por lo tanto, es un emergente que se corrobora en las formaciones de lo inconsciente o en cambios significativos del analizante. Concebir al sujeto como no “siendo” un ser, sino una contingencia que puede darse o no darse, por lo tanto, no siempre dado ya ahí, abre el análisis a los sueños, lapsus, chistes, síntomas, pero, a la vez, *al acting* y al pasaje al acto.

El sujeto emerge si se instala la transferencia y la función analítica —como tercera a la dupla—, sostiene la posibilidad de la interpretación a pesar de las resistencias. El sujeto surge en los intersticios entre las posiciones analizante y analista o entre la palabra analizante y la escucha del analista.

Si en el análisis prima la díada, prima la dimensión de lo imaginario o del amor-odio, por lo cual se convierte en lo que Lacan denominó “autismo de a dos” y otros llamaron *folie á deux*; en cambio, los conceptos de tercero analítico

---

\* Psicoanalista en función didáctica, miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), Exvicepresidenta y Exsecretaria Científica de la APA. Directora y fundadora de *La Época* (publicación online de la APA). Coordinadora de la Formación Permanente en APA y del Espacio Lacan.  
<goldsteinmirta@gmail.com>

de Ogden, de campo analítico de los Baranger, entre otros, introducen la función tercera que separa a analista y analizante de sus identificaciones cruzadas.

Otra manera de presentarse el soliloquio transferencial se da cuando las posiciones analizante y analista adoptan las facetas de amo, de sumiso, de controlador, de seductor, de atemorizado, y muchas otras; estas son posiciones resistenciales a una con-versación y escucha neutrales.

La neutralidad que se le exige al analista no puede ser sino sucedánea de la atención flotante; o sea, la neutralidad está condicionada a una escucha que, por no desconocer las torpezas a las que conducen las creencias morales e ideológicas, les otorga estatuto de pensamientos inconscientes fantasmáticos.

Analista y analizante no son ni personas ni personajes, sino lugares en el discurso analítico, funciones del dispositivo analítico y su acto. La con-versación es el lugar desde donde se enuncia la interpretación en el espacio trológico del análisis. Hay en esta idea una despersonalización del analista ya que la noción de persona desvirtúa el sostén simbólico de la cura analítica.

La con-versación incluye la versión de cada análisis, de cada singularidad analítica. En tanto práctica, va consumando la ligadura de una satisfacción pulsional y las fantasías que lo acompañan, hasta alcanzar un acto o decir del sujeto que se constituye en la fuente del sentimiento vital del mismo. Llegado este tiempo, se está en un punto de inflexión de la transferencia o cercano al final del análisis.

El hablar en análisis es una práctica sublimatoria causada en la con-versación por lo Otro Inconsciente, no-sabido, pero con la capacidad de creación de una nueva versión de la novela del neurótico y de la misma con-versación. De ahí que de la con-versación, en ese espacio peculiar trológico del análisis, pueda emerger, contingentemente, un acto-decir o el sujeto inconsciente, acto que modifica la significación que se sostenía hasta ese momento como fantasma inconsciente.

Willy y Madeleine Baranger (2012) hablan de la fantasía inconsciente bipersonal que atraviesa cada sesión. Esta idea supone una concepción de lo inconsciente entre muchas otras.

Por mi parte, entiendo a lo inconsciente como una combinatoria nueva y contingente que se crea en el espacio trológico, espacio en el cual aparecen —aunque de modo diferente— lo que tiene representación y aquello que no la tiene. Lo que alcanza la representación palabra es dicho; en cambio, lo no representable es actuado. Deseo entonces diferenciar entre lo que se actúa y el “acto” de separación del sujeto del Otro superyoico castigador que demanda sacrificio y sufrimiento o entrega incondicional.

Lo inconsciente y la transferencia —motor de la cura analítica y fuente de las resistencias para Freud—, pueden entenderse como lo que se repite como ya dado, o como creación en el espacio de la con-versación analítica. La diferencia no es menor ya que incumbe a la concepción del aparato psíquico, la repetición

y la escucha analítica. Así, la repetición es aquello que se discierne como tal por la escucha en la con-versación. Esta posición parte de otra premisa: que la repetición no es de lo igual, sino de una mínima diferencia que se actúa y que solo la sagacidad y el arte del analista pueden poner en palabras.

Planteo la posibilidad de analizar sin circunscribir la verdad a "esto ha sido así", pasado que dejaría de ser conjetural y constructivo; propongo, en cambio, integrar un punto de vista subjetivo, a saber: "esto ha tenido tal significado hasta ahora, aunque ha alcanzado otra significación y hay que arreglarse con ella". En este sentido es que se puede dar preeminencia a la "realidad psíquica", una realidad sin espacio-tiempo prefijados sino creada en el espacio trilógico.

La práctica de la con-versación paradójicamente lo es de lo que no se sabe, lo inconsciente, y de lo que no se anticipa: la interpretación. Formaciones de lo inconsciente e interpretación, pueden darse o no darse porque están sujetas al levantamiento de la represión; represión y retorno de lo reprimido se aprehenden al ser interpelado el saber consciente dando lugar a una significación creada en el espacio trilógico de la con-versación analítica.

Entiendo a la con-versación como aquello que se crea entre la atención flotante y la asociación libre, aunque prefiero hablar de dos atenciones flotantes pues el analizante puede escuchar la interpretación ausentándose, ignorándola, desconociéndola y la dupla no siempre puede escuchar-se. Muchas veces ocurre que el analizante pierde su escucha flotante, es decir, pierde la capacidad de metaforizar la interpretación.

Lo que *se dice en un análisis*, no responde a un emisor y a un receptor de manera simplemente comunicacional sino que, justamente, hay un "decir" que crea lo inconsciente en acto y que no está solamente ni del lado del analista ni del lado del analizante, sino que se crea por la intervención de lo inconsciente: lo Otro —otro nombre de lo inconsciente—. Es decir, se entrecruzan diferentes versiones cuya mezcla y desmezcla es azarosa y contingente.

Willy y Madeleine Baranger han trabajado la noción de campo, y dicen: "*Lo que estructura el campo bipersonal de la situación analítica es esencialmente una fantasía inconsciente. Pero sería equivocado entenderlo como una fantasía inconsciente del paciente solo*"; (Baranger, 2012, p. 323). Tenemos con ellos acuerdos y disidencias. La primera disidencia es respecto a lo bipersonal, que entendemos como trilógico. Pienso que el espacio analítico no es ni dual ni personal, sino un espacio simbólico en el cual contar lo que la castración deja como marca.

Acordamos que el punto de urgencia de la sesión es la fantasía predominante y que ella no corresponde solo al analizante. Siguen diciendo: "*En este sentido, definimos la fantasía en el análisis como la estructura dinámica que confiere en cada momento un significado al campo bipersonal*." (Id. 327)

Hoy, en lugar de fantasía hablamos de fantasma o fantasmática, ya que esta última responde más al conglomerado de fantasías que se juegan en cada sesión y en el análisis; pero, sobre todo, determinan la posición del que habla en el discurso, en lo que dice.

José Fischbein (2020) escribió lo siguiente: “*Los sentidos que cada cual da a un elemento constituyen una singularidad inequívoca.*”

La dimensión de singularidad inequívoca de cada con-versación analítica irrumpe cuando la apertura de lo inconsciente llega a una conclusión que diferencia del cierre.

El cierre de lo inconsciente se debe en muchos casos a una interpretación inadecuada o inoportuna, o a un no querer saber-escuchar del lado del analizante. En cambio, la *conclusión* en términos de acto, de nuevo decir, está causada por elaboraciones simbólicas.

Las formaciones de lo inconsciente concluyen provisoriamente en una metáfora sustituta —tal como puede serlo un síntoma—, y permiten la resignificación y nuevos lazos con la realidad material y psíquica.

La conclusión es un acto-decir del sujeto que manifiesta un cambio de posición en el discurso desde la cual el sujeto puede reacomodar y reeditar su novela.

Esta reacomodación ya es un paso más hacia la exogamia, un acto que discontinúa algo de la repetición.

El acto conclusivo es el nuevo sujeto que emerge y modifica su realidad. Hay en esta idea algo performativo, una dimensión en la cual el sujeto encarna su singularidad, se apropia de ella en el mismo momento en que se modifica.

En la con-versación analítica se construye el *objeto* del goce pulsional significativo para el sujeto, empuje que en el análisis debería ceder en hacer sufrir para convertirse en placentero y sostener el deseo vital.

La falta, el vacío que deja el recorrido de la pulsión, es instituyente de lo subjetivo y del sujeto. El sujeto es creado por la dimensión del decir y del acto exogámico que separa de *La Cosa* y de *las constelaciones edípicas*.

¿Qué es la práctica analítica sino la sublimación de la pulsión que, aunque busque su satisfacción en un circuito de descarga, no regresa al mismo lugar ya que circunscribe a un sujeto y su falta o castración? ¿No hay en esta circulación por el circuito pulsional, un atravesamiento de la castración y un acto de creación de algo diferente? Lo cual nos lleva a delimitar un dilema teórico, a saber, que el objeto perdido también se modifica, no es uno en sí mismo para siempre. Lo que la repetición freudiana introduce es la posibilidad de modificación del objeto irrecuperable, paradoja del análisis que subvierte lo tenido por verdad irreversible.

Si con-versación, desde su etimología, significa reunirse para dar vueltas y crear un nuevo verso o versión, la pulsión gira hasta encontrarse con la contingencia de un nuevo objeto y satisfacerse a medias dejando un resto excluido

a la simbolización y la representatividad hasta alcanzar nuevas significaciones. Entonces, la práctica analítica no es sin el cuerpo pulsional, solo que el destino pulsional es sublimatorio de las fantasías que la transferencia vehiculiza.

Si cada con-versación que se instituye como práctica de un análisis es una creación singular y, por ello, irrepetible, cada vez se inventa un tramo diferente de la cura. La entrada en análisis, el desarrollo y el final de cada análisis constituirán una invención desde el *a posteriori*.

Llamaremos final de análisis a la última significación alcanzada antes de la caída de la transferencia y al acto con que el sujeto obtiene una ganancia de placer y un lugar simbólico en los lazos sociales. Este lugar simbólico no es el reconocimiento narcisista, sino lo que le da significación a la existencia.

## 2. Terceridad, alteridad y Otro Simbólico

*En tanto que terceridad y Otro Simbólico no son existentes sino funciones que permiten pensar en los análisis, la situación analista-analizante, por un lado, y a los fenómenos sociales como los de masas y sus liderazgos, por otro; en este sentido, el psicoanálisis es político y tiene algo para decir a nivel de los vínculos familiares, grupales, institucionales y de poder.*

Estamos ante la evidencia de que la subjetividad adolece de la caída de la terceridad o la función del padre simbólico en la cultura, y en los análisis vemos que están cayendo los encuadres que durante mucho tiempo trataron de cumplir la función de alteridad. Hoy los encuadres rígidos han sido desplazados por la menor frecuencia, por la virtualidad y por un cambio en los paradigmas epistémicos y los códigos sociales, con lo cual salió a luz su costado regulatorio más que simbólico. Las regulaciones pretenden, imaginariamente, arreglar el campo en el cual se aplican; por supuesto, fracasan. Se apoyan en la fantasía salvadora del mundo, por lo tanto, en la omnipotencia infantil. Entonces, la posición analítica, para sostenerse, parte de que su función es revisar y transformar aquello que domina a los otros.

A nivel social, si no funciona alguna instancia de terceridad se desatan crueldad, violación, exterminio, autoritarismo y tiranía.

El psicoanálisis ya es una teoría sobre la terceridad y no solamente por la función del Edipo en la estructuración psíquica, sino porque es una teoría sobre el símbolo, siguiendo a Pierce, para quien el símbolo-signo como mediador cumple la función de tercero. Esta idea está en Freud y en muchos otros autores como Green y Lacan.

Sin la concepción del símbolo, la metáfora y la función paterna que hoy ya podemos denominar parental, el análisis no sería posible, ya que por más que

hablemos de neutralidad y abstinencia analíticas fácilmente la alianza terapéutica puede degradarse y caer en un sinfín de palabras sin trascendencia, o en *acting* y pasajes al acto de ambos componentes de la pareja analítica. Es por esta razón que diversos autores homologan o asemejan terceridad, ley simbólica y Otro simbólico o castrado, ya que coinciden en que lo dual no se sostiene sin algo exterior a la cura.

En muchos aspectos el concepto de contratransferencia también quiso ubicar una alteridad en la mente del analista, pero distintas deformaciones de su práctica que no diferenciaban persona del analista y creacionismo de la transferencia en la mente del analista, hicieron que fuese necesario recurrir a otras instancias conceptuales.

Claro que debemos estar advertidos que una cosa es la teoría que ubica al tercero y otra la praxis en la cual el tercero depende de la posición que ocupe el analista. Si ocupa una posición de ideal o amo del saber, el análisis fracasará.

Pienso que los conceptos teóricos deben sernos útiles en la clínica y, en psicoanálisis, clínica es el tratamiento de la angustia. No hay cura que no esté guiada por la angustia no solo del paciente sino del analista, y si el analista queda invadido por la angustia, actúa. Actúa en el sentido del *agieren* freudiano, de repetir actuando identificado a alguna figura parental o del superyó del analizante.

En algunos artículos definí a la clínica y a su acto, como la operación elaborativa que el analista realiza sobre su propia praxis; o sea, pienso la clínica no en el sentido médico, sino como un segundo tiempo a la transferencia real, in situ, a la praxis en cada sesión; como el tiempo en el cual el analista reelabora los propios puntos ciegos y lo que el analizante proyecta a la transferencia. Entiendo a la clínica como el campo que incluye a aquellos terceros que no dejan que decaiga el "deseo del analista" ni el deseo de análisis en el analizante.

Los conceptos de transferencia simbólica de Lacan, de deseo del analista y de acto analítico, también cumplen una función de terceridad en esa "clínica" elaborativa del analista, muchas veces junto a un supervisor.

A veces, para elaborar las resistencias que aparecen en la escucha, resistencias a lo insoportable de la transferencia imaginaria de amor-odio y a la roca viva o Cosa, el analista acude al supervisor, pero mayormente el analista elabora inconscientemente sus propias resistencias, en sueños, lapsus y, por qué no, a partir de darse cuenta de sus errores. Los analistas nos equivocamos, por ello lo principal es reconocer que a veces nos apresuramos y otras nos retrasamos con la interpretación.

Justamente el supervisor cumple la función de terceridad, de ese otro puesto en el lugar de Otro Simbólico. Pero debemos tener en cuenta que la supervisión siempre se adelanta o retrasa respecto de la transferencia real, en tiempo real y, por ende, de la interpretación y el acto analítico. En ese espacio-tiempo de

anticipación o retraso puede darse angustia en la pareja analista-analizante, y la angustia conducir a un *acting* o pasaje al acto.

Angustia es, desde Freud, angustia de castración; es decir, la angustia llama a la elaboración de la incompletud existencial y psíquica, de la transitoriedad de la vida, la salud, el amor, lo bello, y también de lo perjudicial. Por ello, en las curas se analiza tanto la euforia como el pesimismo. Un paciente que se emborrachaba, a lo cual llamaba "estar de fiesta", quedó impactado ante la interpretación de que la fiesta a veces esconde dolor y soledad profundos.

Tanto lo perjudicial como lo benéfico tienen temporalidad y, por ello, sentimos que se alternan. Cuando gozamos de lo benéfico nos angustia que termine, y cuando transitamos lo perjudicial anhelamos el bienestar. Hace falta, entonces, un tercero en posición de terceridad. Diferencio entre tercero y posición de terceridad porque un tercero no siempre asume su función de introducir la diferencia simbólica. Por ejemplo, el niño ante la escena primaria hace de observador tercero que no está en posición de cumplir la función de terceridad, y de ahí el trauma ante la sexualidad parental.

¿Cómo aparece ese elemento tercero en la con-versación analítica? Cuando se puede romper con el movimiento psíquico pendular obsesivo que no va a ninguna parte sino gira entre dos polos como el principio de placer-displacer por el cual el sujeto va de acá para allá y de allá para acá estando siempre en el mismo lugar, por ello el análisis tiene como función reemplazar angustia y procrastinación por sentimiento vital.

Lo perjudicial es vivenciado como viniendo desde el Otro, desde una exterioridad. Este Otro es imaginario, no simbólico, no está castrado, por ende, no cumple la función de alteridad. Según el principio de placer-displacer, lo perjudicial es lo expulsado, lo no yo; sin embargo, es lo más íntimo, lo que constituye ese núcleo duro o roca viva de la castración. Vemos el ejemplo del daño viniendo desde el Otro en la paranoia y hablamos de proyección, y la proyección es creer que ese Otro en lugar de constituir un elemento tercero con estatuto de función de ley, se constituye en un existente persecutorio que quiere el mal.

La terceridad tiene entonces una función simbólica de prohibición y legalidad, o puede imaginarse como divinidad benefactora o dañina. Dioses y diablos son claros ejemplos de la proyección imaginaria de lo bueno y lo malo y figuras que construyen la trama de las fantasmagorías de los pueblos y los relatos literarios.

Cuando recibimos una nueva consulta, esperamos que el sujeto hable y relate su novela. Lo que acontece en la vida del sujeto es imposible de modificarse, pero sí se puede modificar la significación que el sujeto le otorga a eso que le ocurrió. Entonces, el análisis no puede limitarse a lo que se dice, sino a lo que se silencia, se actúa y repite.

Con el concepto de Gran Otro Barrado, Lacan introduce la concepción de la alteridad como el lugar de donde surge la palabra y la ley que tramitan la angustia, es decir, lugar de la terceridad. Esto nos conduce a una paradoja teórica: por un lado, el análisis intenta ligar la angustia y por otro, si la inscripción de la castración es necesaria y la castración es angustia de castración, el análisis transita en su devenir entre angustia y castración y esto si el símbolo actúa como mediación entre el goce pulsional incestuoso y la ley simbólica. El síntoma cumple también la función de símbolo y sustituto del conflicto inconsciente.

A mi entender, hay una angustia propia de la cura analítica generada por la con-versación analítica, por ello entendemos que el arte del analista es el manejo de la angustia; sin angustia que implique al sujeto en lo que dice, no hay análisis, y si la angustia es desmedida tampoco, por ello puede conducir a un pasaje al acto como la Reacción Terapéutica Negativa o el suicidio.

Otro designa a lo inconsciente, al Otro primordial, a la cultura. Alter significa "otro", entonces hay una diferencia entre otro y Otro, por ello prefiero hablar de la terceridad o de función de ley.

Concebido como lo simbólico, el Otro tiene como cuerpo material a la palabra no solo dicha por el analizante sino escuchada por el analista: a lo que denominamos significante.

Concebido como Otro primordial que nos habla y auxilia: es la madre que despierta la pulsión y el deseo, en tanto poseedora de ese cuerpo erógeno y de una palabra libidinante que puede o no donar al hijo, y lo hace cuando ella misma asume la terceridad como prohibición del incesto. La alteridad externa castrada tiene poderes de subjetivación humanizante, pero sin castrar objetaliza al niño.

La madre ocupa primeramente la posición del gran Otro a la que el niño completa en posición de falo materno, siendo para la madre *His Majesty the Baby*. El complejo de castración se constituye precisamente cuando el niño descubre que ese Otro no es completo, que puede mentirle, por lo tanto, él no es quien completa al Otro, sino que descubre al tercero que la madre ama y desea. Ahí se presentifica la función paterna como encarnada en alguien o algo, porque no necesariamente la madre mira al padre, puede ser que desee su profesión u otra cosa.

Por otra parte, el Gran Otro puede entenderse como el reservorio de los significantes heredados inconscientes, los que recibimos transgeneracionalmente, y de los discursos que circulan en la *polis* y que amenazan nuestra libertad de pensamiento y decisión si esos discursos son idealizados. Entonces, Otro es lugar de lo inconsciente y de lo consciente. Esto ya supone una aporía.

El Otro es también "el Otro Sexo" tanto para sujetos masculinos como femeninos. El Otro Sexo es la diferencia radical, o mejor aún, aquello que nos permite diferenciar y diferenciarnos, pero que es imposible a la representación, por eso es pura diferencia.



En cambio, el otro imaginario, el prójimo, es un reflejo, una proyección del yo en la imagen especular narcisista.

El sueño, el síntoma, el *acting*, el pasaje al acto, la organicidad y el acto analítico constituyen las variedades en que la angustia se tramita, aunque en algunos casos con menor grado de simbolización que en otros. El grado de simbolización es importante porque revela la posición del sujeto: a veces esta posición es de objeto desechable con invasión de la angustia sin límite en el Yo, lo que depara riesgos.

El acto analítico o *enactment* del analista salva la continuidad del análisis, reduce la transferencia imaginaria de amor y odio y sostiene la permanencia del Otro como ley de la palabra que ordena la realidad.

Hay actos analíticos que pueden provenir del sujeto, cuando la interpretación lo interpela y lo modifica; y otros que provienen del lado del analista, cuando es interpelado por la repetición del analizante y el acto se concreta sorprendiendo al mismo analista. Roosevelt Cassorla (2022) publicó el caso K, en el cual, cansado de años de quejas de una analizante, golpea la mesa y produce un corte en el malestar crónico. Podemos decir: corta el goce de la analizante de quejarse infinitamente como si el tiempo no existiera y el análisis no tuviese fin.

En síntesis, el psicoanálisis introduce conceptos que en sí mismos hablan de la terceridad necesaria para sostener la con-versación del análisis, a saber:

- Edipo y síntoma son nombres de lo tercero.
- El tercero ausente: trabajado extensamente por André Green, pone de manifiesto la paradoja de una presencia ausente. La relación madre-bebé incluye una relación paterna desde el comienzo.
- El espacio “transicional” de Winnicott como un espacio intermedio, entre las dimensiones subjetiva y objetiva, hace las veces de un tercero en gestación.
- El tercero analítico de Ogden: es la idea de un tercero intersubjetivo, inconsciente, que es constituido por el encuentro asimétrico entre analista y analizante, que lo construyen y experimentan en el contexto de su propio sistema individual de personalidad. El tercero analítico es un conjunto de experiencias intrapsíquicas e intersubjetivas, conscientes e inconscientes, un tercer sujeto inconsciente en el análisis que hay que poner en palabras.
- El encuadre analítico como tercero.
- La terceridad como el aspecto principal de la función simbólica: siguiendo la teoría semiótica de Charles Sanders Peirce, y presente tanto en la obra de Lacan como de Green.

- Willy y Madeleine Baranger acuñan el término de campo dinámico, ya presente en la psicología de la Gestalt y en la filosofía de Merleau-Ponty, concepto que pretende explicar lo que sucede en la situación analítica. Es un campo tercero, creado por ambos participantes, pero independiente de cada uno de ellos.
- El lenguaje, el Otro y lo inconsciente como viniendo desde la exterioridad.
- La función paterna que desde el Edipo supone la prohibición del incesto.
- El Deseo del Analista, concepto de Lacan, es una función simbólica que sostiene el análisis como un campo de elaboración.
- El acto analítico: el así llamado "acto del analista" marca un corte en la repetición y anuda los tiempos de las transferencias de modo tal que lo simbólico no quede invadido por la angustia, cosa que ocurre en el pasaje al acto, en los ataques de pánico o en la puesta en riesgo de la vida de algunos jóvenes. El acto analítico se puede constatar cuando se produjo un cambio en la posición subjetiva, o sea, a posteriori, pues no es anticipable ni previsible.

### **3. Temporalidad de la con-versación analítica, la creación contingente de la interpretación y la invención de un análisis singular**

Cuando surge malestar o el malentendido se vuelve resistencial, entonces se toma consciencia de que la con-versación analítica ha sido interceptada, capturada en las redes de lo imaginario del amor y el odio transferenciales. Si prima la transferencia imaginaria erótica y/o agresiva, hace falta un acto analítico que ligue la angustia y ponga palabras a lo no representado. Ese acto es un decir, una interpretación o una acción que es resignificada como de separación con lo que hacía sufrir al sujeto. El acto analítico no proviene solamente del analista. Los cambios subjetivos y los que ocurren en la realidad del analizante, cuentan también como actos analíticos.

El acto analítico no tiene tiempo, pero no puede ser sin tiempo. Hay una temporalidad de la con-versación que se construye en los tiempos de la transferencia y en la medida en que lo inconsciente se escribe en el decir que se escucha. Solamente cuando el decir de una verdad subjetiva es escuchado, se puede afirmar que se ha instalado la con-versación analítica. Destaco el carácter plural de las versiones del análisis; sería imposible pensar un análisis sin variaciones de las posiciones del analizante, del analista y de su campo.

En primera instancia podemos afirmar que lo inconsciente se escribe a partir de aquello que se escucha en el espacio trilogico de la con-versación. No hay nada previo, sino que lo inconsciente, en su dimensión de singularidad, se escribe en

el mismo acto en que hay una escucha que discierne un “decir” verdadero, tanto por el analista como por el analizante. La función de lector-escucha que solemos adjudicar al analista se crea, a mi entender, en el espacio trilógico delimitado por la posición analista y la posición analizante. Estas posiciones son simbólicas.

¿Quién es el autor de lo que denominamos inconsciente reprimido, escindido, o desestimado? Lo inconsciente existe si se da la con-versación analítica. O sea, el escribiente autoral no es un alguien sino es un acto de significación. Este acto de significación, des-dice a lo inconsciente como ya dado. No acordamos con sustancialismo alguno, sino con lo inconsciente como creado en acto.

La significación que para cada sujeto en análisis adquieren sus experiencias psíquicas —conflictos, deseos, huellas de lo visto y oído; es decir, lo primario e infantil— se crea gracias a la función de lector-escucha que cumple su función.

El olvido —al que la represión nos obliga— no borra la memoria inconsciente porque no la hay escrita en ningún soporte material salvo la palabra que lo vehiculiza; hoy podemos decir que es una virtualidad que se crea en tanto memoria, en tanto repetición, de manera performativa, porque una escucha analítica lo recoge y lo pone a trabajar bajo los efectos de la transferencia.

En ese espacio de con-versación se escribe un nuevo texto, una nueva versión de las significaciones y fantasmas, versión más acorde con el deseo y con la ganancia de un placer que ligue al sujeto a un arreglárselas en la vida con el síntoma que lo aqueja y con el goce sublimado que lo sostiene deseante.

Por lo tanto, la práctica de la con-versación analítica crea lo inconsciente y transforma y resignifica las posiciones de las dos vertientes que ahora podemos enunciar como el *decir* y la *escucha*. Estas dos vertientes escriben en el mural cambiante de lo inconsciente.

En un análisis hay lugar para múltiples textos y múltiples lecturas. Sin embargo, hay una interpretación, a la cual se llega tras muchos rodeos de repeticiones y de modificaciones, que transforma algo en el sujeto.

Los análisis quedan abiertos, ya que lo inconsciente seguirá significando nuevas versiones y sustituciones a *La Cosa* perdida. La idea de un vacío producto de la pérdida es que este es generativo.

La interpretación vuelve a escribir una diferencia en el mural inconsciente del analizante, interpretación que, retroactivamente, retorna sobre lo inconsciente del analista.

El espacio trilógico queda limitado por el decir y el escuchar, ahora funciones diferenciales que no homologan a las posiciones de analizante y analista; cada una adquiere un lugar, y lo interesante es que se les resta poder de una sobre la otra porque la con-versación actúa retroactivamente sobre la significación que el analizante ha sostenido como verdadera hasta ese momento, y sobre el analista.

El analizante busca reescribir su historia, el analista mostrarle el camino.

En síntesis, la interpretación irrumpe como creación y producto de la con-versación analítica cuyo efecto es la transformación de la posición del analista que ya será otro en relación con su posición subjetiva y a su saber y *expertise*.

El hecho de que el analista pronuncie la interpretación no significa que sea autor de la interpretación. Obviamente, hay un estilo interpretativo que diseña la interpretación, y ese estilo es singular, único e irrepetible, por lo cual también lo será la con-versación analítica.

La interpretación y el acto analítico surgen como un corte creacionista de un vacío y de ese espacio tercero o trilógico.

Cada análisis es singular en el sentido de diferencial; un análisis no hace serie con otros y este punto de exclusión a una serie o conjunto no es segregatorio, sino diferencial. La diferencia como marca simbólica ubica lo que pertenece y no pertenece a un conjunto, por ello lo singular se excluye para incluirse como "Uno" solo. De esto se trata la singularidad de los análisis: cada uno se cuenta como Uno y no hace serie ni conjunto con otros.

En el *a posteriori* de una con-versación analítica se puede recién decir: se han inventado un psicoanálisis y un psicoanalista.

Este "psicoanalista" son dos: un analizado que está advertido de lo reprimido y fantasmático de sí que alcanza un autoanálisis, y un analista que ya fue modificado por el atravesamiento de la transferencia que cada análisis le demanda.

En síntesis: "Del lado analizante la simbolización lo conduce a plantearse su propio final de análisis; del lado analista la elaboración de su praxis lo conduce a la investigación teórica, a la enseñanza, a la transmisión de casos, y, principalmente, a preguntarse por su acto de interpretación" (Goldstein, 2020)

La con-versación analítica, entonces, *es una práctica que se sostiene instalada la transferencia, gracias a la cual puede darse la creación contingente de la interpretación y la invención de una cura analítica en su singularidad. Cada cura es Una y por ello, no es clasificable.*

Lo que se constata en la con-versación analítica, es la producción de lo inconsciente como creación de la resignificación de aquello que al sujeto lo ha hecho padecer y lo condujo a analizarse.

## Referencias bibliográficas

- Baranger W. & M. (2012). La situación analítica. *Revista de Psicoanálisis*, T. LXIX, N.º 2-3, APA.
- Cassorla, R. (2022). Sobre los Enactments. *La Época APA Online* N.º 31. (<https://laepoca.apa.org.ar/>)
- Fischbein, J. (2020). La práctica psicoanalítica. *La Época APA Online* N.º 26. (<https://laepoca.apa.org.ar/>)
- Goldstein, M. (2020a). Formación transformadora, práctica de formación. *La Época APA Online* N.º 26. (<https://laepoca.apa.org.ar/>)
- \_\_\_\_\_. (2020b). Melancolización o la consciencia emocional de la finitud. *La Época APA Online* N.º 25. (<https://laepoca.apa.org.ar/>)
- \_\_\_\_\_. (2020c). Los territorios de la práctica y la clínica psicoanalítica. *Revista de Psicoanálisis* N.º 4 (1920-2020), parte 2. Cambios y Transformaciones en la clínica y la técnica psicoanalíticas.
- \_\_\_\_\_. (2020d). Los exilios del sujeto. *Calibán, Fronteras* N.º 18.
- \_\_\_\_\_. (2016). El inconsciente como mentira verdadera. *La Época APA Online* N.º 9. (<https://laepoca.apa.org.ar/>)
- \_\_\_\_\_. (2012). *El acto clínico. En actualizaciones en clínica lacaniana*. Buenos Aires: APA-Lugar.
- \_\_\_\_\_. (2005). El deseo del analista como garante de la continuidad del discurso del analista, de su método clínico y de su vínculo social. *Revista de Psicoanálisis*, Tomo LXII, N.º 4, APA.
- Green, A. (1980). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1960 [2005]). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano, en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_. (1962-1963 [2006]). *El seminario 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_\_. (1964-1965 [1990]). *El seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_\_. (1965 [2005]). La ciencia y la verdad, en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ogden, T. (2002). El trabajo psicoanalítico en la frontera del sueño. *Revista de Psicoanálisis*, Vol. 59, N.º 03, pp. 557-569, APA.
- Peirce, C. S. (1987). *Obra lógico semiótica*. Madrid: Taurus.

**Resumen**

Se desarrolla la idea de Con-versación analítica como espacio trilógico en tanto una terceridad sostiene el análisis. La terceridad y el concepto de Otro simbólico son indispensables para que el análisis no caiga en un autismo de a dos, y la función analítica —como tercera a la dupla—, ligue la angustia y cause la transformación subjetiva. Posición analizante y posición analista son funciones de las cuales emerge una con-versación. En la con-versación emerge una nueva dupla: decir y escucha.

**Palabras clave:** Con-versación analítica; espacio trilógico; acto analítico; tercero analítico; campo dinámico; deseo del analista; Otro; angustia; castración

**Abstract**

The idea of Analytical Conversation is developed as a trilogical space insofar as a third party sustains the analysis. Thirdness and the concept of the symbolic Other are essential so that the analysis does not fall into an autism of two and the analytical function —as third to the pair—, binds anguish and causes subjective transformation. Analyzing position and analyst position are functions from which a conversation emerges. In the conversation, a new duo emerges: say and listen.

**Keywords:** Analytic conversation; trilogical space; analytic act; analytic third; dynamic field; analyst's desire; Other; anguish; castration